
Nupcial

Javier de Viana

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7816

Título: Nupcial

Autor: Javier de Viana

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 12 de octubre de 2022

Fecha de modificación: 12 de octubre de 2022

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Nupcial

La prolongada sequía estival convirtió en polvo las pasturas de los serranos campos del norte.

Los cañadones mostraban áridas y ardientes, como la piel del desierto, las doradas arenas de sus lechos.

Los arroyos quedaron reducidos a exiguas lagunetas, aisladas unas de otras por los médanos de los altos fondos.

Los grandes ríos, exhaustos, acostumbrados a decir imperativamente al viajador: ¡por aquí nadie pasa!... semejábanse en su magrura a gigantes éticos, y debían sufrir viendo cribada de portillos su imponente muralla líquida.

El aire caldeado, cargado con las emanaciones de los millares de osamentas de vacunos, era casi irrespirable.

Ni un clavel, ni un malvón, ni un toronjil resistieron a la aridez feroz. Cayeron achicharradas las hojas de los cedrones, y se consumieron sin madurar las rojas frutas de los ñangapirés.

Los hacendados más pudientes resolvieron trashumar sus haciendas, —los animales que aún caminaban,— en busca de las tierras del sud, más fértiles, menos castigadas por la sequía.

* * *

Una tarde, después de angustiosa recorrida del campo, Maneco de Souza penetró en el galpón y encarándose con Yuca Fleitas, el hijo de su viejo mayordomo y su peón de más confianza, le dijo:

—Esto es el acabóse. Ya la gente no alcanza ni pa cueriar la animalada que muere... ¿Te animás a marchar pal sur con una tropa de tres mil novillos?..

—Yo me animo a tuito lo que me mande, patrón.

—Hay que dir más de cincuenta leguas p'abajo.

—Iré.

—Con seguridá que vas a dir dejando el tendal de novillos pu'el camino.

—Anque me quede uno solo he llegar al destino, con la ayuda de Dios...

—Güeno; mañana, al clariar el día, paramos rodeo y apartamo lo mejorcito, y lo que llegue que llegue, y que lo que ha de llevar el diablo, que cargue cuantiantes con él!...

* * *

No alcanzaban a quinientos los novillos salvados, no obstante la obstinada defensa de Yuca.

Pero los quinientos novillos estaban gordos, muy gordos y al amparo de la escasez casi equivalían a lo perdido.

Yuca recibió orden de conducir la tropa a la Tablada.

Debía partir al iniciarse el día.

Esa tarde fué a despedirse de don Braulio, quien le había dado pastoreo.

Terminada la cena, —que fué festín,— y hecha ya la noche, noche opaca, huérfana de luna y de estrellas, Yuca y Carmela se encontraron, sin duda por casualidad, junto a las raíces morrudas del ombú.

—¡Te vas! —exclamó la moza apesadumbrada.

—Me voy pero volveré.

—¡Es tan lejos tu pago!... De aquí basta allá has d'encontrar tantas mujeres que te brinden su cariño, que no espero la güelta!...

—Si le tenés miedo a las tentaciones del camino, venite conmigo.

—Yo iría, pero...

Y él, oprimiéndola entre sus brazos, ordenó:

—¡Dame un beso!

Ella intentó resistir.

—¡No, no!... Si me besas me embozalás y tendré que seguirte a la juerza.

—Por juerza no, por güeña gana.

Y se besaron.

Y en eso, en la sombra de la noche, toda hecha de sombras, surgió una más grande.

Era don Braulio, un viejo alto y robusto como un viraré, con la cabeza y el rostro emblanquecido por copiosas barbas de toro.

—¿Qué hay, gurises? —preguntó con voz plácida.

Tras breves instantes de indecisión, musitó Carmela humildemente:

—Yuca me quiere sacar...

Solemne, el viejo interrogó al joven:

—¿La querés?

—Dejuramente,

—Tenés cara de güeno. Dame la mano.

Y besó a la hija en la frente...

Y a la madrugada, cuando todavía no se había encendido ninguna luz en el cielo, Yuca partía, llevando en la anca chata de su tordillo, al mejor clavel del pago.

A falta de sacerdotes, el radioso sol levante, besándolos en la frente, santificó sus desposorios.

Javier de Viana



Javier de Viana (Canelones, 5 de agosto de 1868 – La Paz, Canelones, 25 de octubre de 1926) fue un escritor y político periodista uruguayo de filiación blanca.

Sus padres fueron José Joaquín de Viana y Desideria Pérez, fue descendiente por parte de padre del Gobernador Javier de Viana. Recibió educación en el Escuela y Liceo Elbio Fernández y por un corto período cursó estudios en la Facultad de Medicina. A los dieciocho años participó

de la revolución del Quebracho, de la cual realizó una serie de crónicas reunidas en un volumen llamado Recuerdos de una campaña y recogidas posteriormente por Juan E. Pivel Devoto en la obra Crónicas de la revolución del Quebracho.

Trabajó de periodista, primero en La Verdad, de Treinta y Tres, y luego en la ciudad de Montevideo. Participó junto a Elías Regules, Antonio Lussich, El Viejo Pancho, Juan Escayola, Martiniano Leguizamón y Domingo Lombardi, entre otros, de la publicación El Fogón, la más importante del género gauchesco que tuvo la región, fundada por Orosmán Moratorio y Alcides de María en septiembre de 1895. En 1896 editó una colección de relatos llamada Campo. En este tiempo se dedica infructuosamente a las tareas agropecuarias, arrendando la estancia «Los Molles». Edita en 1899 su novela Gaucha, y dos años más tarde, Gurí.

Se involucró en la insurrección armada nacionalista de 1904, en la que es hecho prisionero. Logró escapar y emigrar a Buenos Aires, donde subsistió escribiendo cuentos en distintas publicaciones, como Caras y Caretas, Atlántida, El Hogar y Mundo Argentino. Entre 1910 y 1912 se editan en Montevideo distintas obras que reúnen sus relatos. En 1918 regresa a Uruguay y trabaja en varias publicaciones, en particular en el diario El País. Es elegido diputado suplente por el departamento de San José en 1922 y ocupa su titularidad al año siguiente.